

tra propia santidad y el de la salvación y santificación de los demás hombres.

Es apóstol de Jesucristo el que ha sido llamado *para ser Iglesia que ora y que expía*, y es también apóstol de Jesucristo el que ha sido llamado para recorrer el mundo llevando el nombre de Dios y despertando la fe en las conciencias y enseñándolas el camino de la vida eterna, formando con su actividad *la Iglesia docente*.

La Iglesia orante y expiante y la Iglesia docente no pueden estar separadas, ni menos en mutua oposición; las dos forman un mismo ser y una misma Iglesia perfecta y santa; las dos son miembros de un mismo cuerpo. La Iglesia es el Cuerpo Místico de Jesucristo a través de las generaciones; el espíritu de Jesucristo y su doctrina es quien únicamente informa y vivifica estos dos miembros constitutivos y esenciales de la Iglesia.

La doctrina y santidad de Jesucristo y la vida de Jesucristo, al mismo tiempo que informan los miembros de su cuerpo, son el modelo perfecto para todos.

Si amo a Jesucristo, si soy cristiano, necesariamente seré apóstol de Dios, y mucho más siendo religioso. La indiferencia en ver vivir las almas en el error o que no llevan camino de perfección, es una manifiesta apostasía. Pero por lo mismo que soy misionero de Jesucristo, debo estudiarle, pues no sólo es mi modelo perfecto en todo apostolado, es también mi vida espiritual y de gracia.

268. Las *lecturas-meditaciones* que he hecho en estas han versado sobre *la manera de ser após-*

tol que ora y que expía y sobre la vida que como tal he de vivir. El apóstol orante y expiante vive vida muy santa, muy recogida en Dios; vive perfectamente ofrecido a Dios en alabanza, en súplica, pidiendo y expiando por todos los hombres, por la vida de más amor de los consagrados; porque sean ángeles los apóstoles activos que forman la Iglesia docente y trabajan de mil modos y en todos los lugares para llevar el nombre de Dios, por extender la verdad evangélica y por conseguir la salvación y santificación de todos. El apóstol orante y expiante es la inmolación en amor para comprar las almas de los pecadores y de los que no conocen a Dios.

Pero las primeras por quienes ha de inmolarse y orar es, como Jesucristo, por las consagradas en retiro, para que sean santas, y por los apóstoles activos, para que sean de cielo las dos alas con que vuela la Iglesia de Dios; que el consagrado en retiro esté vigilante en el amor, nunca dormido; que el apóstol activo sea eco de la palabra del cielo; así ha de ser la sanidad de los miembros de la Iglesia.

La Iglesia docente ha de ser santa y tiene muchos obstáculos que vencer para serlo. Los apóstoles activos van a tratar con los hombres, tienen que meterse entre los que viven en el ambiente del mundo y es sumamente difícil estar en ese ambiente y no respirar esa atmósfera. Y, sin embargo, van a cambiar la atmósfera, no pueden respirarla. Han de ser ángeles, decía Santa Teresa, que van a llevar la luz del cielo y su transparencia a la tierra y no tienen que cargarse con el peso y lo opaco de la tierra.

La Iglesia que ora y que expía ha de ir, en espí-

ritu, con su plegaria y sacrificio, metida en el corazón de los apóstoles activos, sus hermanos, que desarrollan el apostolado exterior y de movimiento; ha de ser como el amparo y la vida de esos apóstoles, el apoyo y sostén que nunca se aparta de ellos. La Iglesia que ora y que expía nunca puede estar separada de la Iglesia docente, sino como metida en lo íntimo de su corazón y dando calor y vida, porque es su mismo cuerpo y las dos forman el cuerpo de Cristo. Nunca puede hablar menos bien y con poco entusiasmo y menguada alabanza de los apóstoles activos, que hacen lo que ella no sabe ni puede hacer ni ha sido escogida para hacerlo; si criticara a los apóstoles activos se criticaría a sí misma al mismo tiempo; porque si el apóstol activo no era tan perfecto como debiera ser, estaba la causa en la Iglesia orante, porque el alma recogida encargada de rogar por los apóstoles no había cumplido con fidelidad su misión ni llenado su finalidad; por su deficiencia en la santidad, el Señor no envió las gracias que su plegaria y sacrificio debieran haber obtenido para el apóstol activo de la Iglesia docente.

El espíritu de la Santísima Virgen acompañaba la actividad de los apóstoles durante su misión por las naciones y rogaba por todos y se ofrecía e inmortalaba por las almas de quienes les escuchaban, para que se convirtieran. Los apóstoles acudían a la intercesión y súplica de la Virgen y en ella se refugiaban y fortalecían para no decaer en el fervor y para que tenga eficacia su apostolado. Nunca la Virgen en su santísimo retiro dejó de rogar por los apóstoles; nunca la Virgen habló menos encomiástica-

mente de los apóstoles; pero nunca los apóstoles dejaron de encomendarse a la mediación de la Virgen, ni dejaron de apreciar su valimiento, ni sintieron menos admiración por su santidad, ni dejaron de estar íntimamente unidos y compenetrados con la Virgen. Unidas la Iglesia orante y expiatoria y la docente evangelizaron el mundo y continuarán evangelizándolo; la crítica y la desunión entre sí sería la destrucción mutua y la muerte del apostolado, aun cuando por la flaqueza de los hombres ninguna de las dos fuera lo perfecta y santa que debiera.

Tengo que ser digno ministro del Señor en el puesto en que me ha colocado. Clarísimamente veo que el apostolado más eficaz, y el más grato al Señor, y que alcanza, en principio, las gracias para las almas, es el de la Iglesia que ora y que expía; veo que es tan necesario, que todo apóstol tiene que empezar por vivir esta misión; pero es también necesario que en la Iglesia de Dios haya almas dedicadas al apostolado activo en todas las manifestaciones y que forman la Iglesia docente y santa.

Si faltara esta actividad de los misioneros de Dios, desaparecería, en un plazo más o menos largo, la religión verdadera de la región en que faltaran los misioneros activos, que enseñaran o exhortaran.

Pero los misioneros de Dios han de ser santos; han de vivir la Iglesia orante y expiante, han de estar metidos en el corazón de la Iglesia santa que ora y que se inmola y trata íntimamente con Dios, y ellos mismos la forman. No se puede ser buen misionero sin vivir intensamente la Iglesia orante. La misma vida que anima a las almas recogidas con

Dios, anima a los misioneros; es la savia de la santidad y del amor, aun cuando algunas manifestaciones son distintas. No puede el misionero activo pensar ni hablar menos laudatoriamente de las almas recogidas y retiradas, porque sería hablar mal de sí mismo, ya que el misionero es el que dirige y aconseja y enseña a las almas retiradas, y para ellas también habla y escribe; sería confesar, con menosprecio propio, que no sabe hablar ni enseñar para hacer santos y almas enamoradas de Dios, y el misionero que no sabe encender en el amor de Dios ni estimular a la santidad no es enviado de Dios y ha hecho traición a su llamamiento por no vivir el espíritu y la verdad de Dios, ya que es muy diferente hablar de la verdad y de la virtud y vivir la verdad y la virtud.

269. Me parece que Dios me llama para ejercer el apostolado activo en bien de las almas, para redimir las almas apartadas de Dios y alentar a un más intenso amor y vida más santa a las que ya están en la gracia de Dios. ¡Grande misión! La más grande misión que Dios da en la tierra a un alma es la de cooperar con Jesucristo y como El a la salvación y santificación de las almas. Los misioneros santos han temblado al solo pensar la responsabilidad que encierra ese ministerio y la santidad y esfuerzo que exige. En una operación grave tiembla el médico pensando que está en sus manos y en su diligencia y delicadeza la vida del que está operando. ¿Y no temblará el misionero pensando que depende de su santidad y de su esfuerzo y sacrificio no la vida del cuerpo de un hombre, sino la vida

de una y de muchas almas para la eternidad, y que Dios se las confía a su diligencia y esfuerzo para que las salve?

El ejercicio del misionero es más de alma que de cuerpo, de santidad que de sabiduría o de trabajo. Es su obligación sembrar santidad y despertar deseos de santidad y ha de llevarla él mismo en su alma y pedir al Señor se la comunique. Va sembrando amor de cielo y ha de tener vida y amor de cielo. Los comerciantes de joyas han de tener sumo cuidado para no dejarse robar o para no perder las joyas por descuido, porque encierran mucha riqueza, y el misionero cuida y lleva joyas de cielo, muy superiores a las de la tierra; grande cuidado necesita, porque sería grande responsabilidad dejarse robar o perderlas.

No se puede en realidad y delante de Dios ser buen misionero sin ser santo. Los apóstoles que perseveraron y no hicieron traición fueron todos santos. ¿Me siento llamado para ser misionero? *Es el encargo más divino de los divinos*, pues coopera con Jesucristo a la redención de las almas. He de estar con Jesucristo y vivir y obrar como Jesucristo. Llevo a Jesucristo. Tengo que estudiar mi modelo y la vida de mi Divino Compañero.

Si a todos los cristianos se nos dice: *Mira y obra conforme al ejemplar que en el monte se te ha dado*, de modo especialísimo me lo dice a mí el Señor cuando me llama para ser enviado suyo.

El ejemplar puesto en el monte como modelo es Jesucristo clavado en la cruz en el monte Calvario. Es el Misionero del Padre Eterno, y de ese modo ha redimido al mundo. Jesucristo, después de vivir ocul-

to y silencioso trabajando en Nazaret, después de haber recorrido las tierras de las tribus de Israel enseñando y haciendo milagros, es condenado a morir afrentosamente como un malhechor, siendo la misma inocencia; es públicamente crucificado para que parezca mayor su deshonra, siendo la santidad misma; y muere entre dolores rogando a Dios, en el ofrecimiento de su vida, por el mundo, por todos los hombres y por los mismos que le han condenado a muerte y le han crucificado. Su última palabra es encomendar su alma a Dios, después de haber pedido perdón para todos. Es la última obra y la última palabra del Misionero del Padre en la tierra.

Jesucristo fué el divino misionero del Padre. Vino al mundo, encarnándose en una Virgen purísima, para redimirnos, para enseñarnos, para darnos ejemplo de santidad y de amor perfecto. Jesucristo nos redimió y compró no con oro ni con plata, ni con tesoros de tierra ni con elocuencia de los hombres, no con el poderío de ejércitos ni dominio imperialista, sino con el precio de su sangre y dando su vida por nosotros. Nos redimió y nos enseñó, no como habían pensado o soñado los hombres —por eso los suyos no le conocieron—, sino de un modo nuevo e insospechado. Nos enseñó doctrinas de humildad y de santidad y las vivió con toda perfección. No nos enseñó algo que antes no lo viviera.

Un misionero cristiano será tanto mas perfecto cuanto más se asemeje e identifique con este divino modelo. El perfecto misionero tiene su alma transformada en unión de amor con Dios.

Jesús desde el mismo momento de su encarnación en el seno de la Virgen, no olvidó ni un momento

durante su vida en la tierra que era el enviado, *el misionero* del Padre para redimir el mundo. Ni un solo momento dejó Jesús de cumplir su misión con toda perfección y con todo su ser. Su voluntad era la de Dios y la voluntad de Dios era la suya, como su amor era el de Dios y el amor de Dios era su amor.

Y también quiso Jesús, en su bondad infinita, asociarnos a su redención, no sólo en cuanto participáramos de ella y quedáramos redimidos, sino uniendo a El mismo en unión de amor a cuantos quisieran ofrecérsele, y haciéndoles redentores de las almas a semejanza suya y en unión con El. A ellos entregaría la conversión del mundo y la salvación de las almas.

270. Jesucristo nos redimió expiando amorosamente por nosotros en la cruz. Su vida fué de amor, manifestado en la oración, en las virtudes y en el sacrificio. Pudo redimirnos de mil maneras; pudo venir triunfador y glorioso desde el primer momento de su aparición; pudo manifestarse en el más deslumbrador gozo y opulencia, en la exhibición más radiante y arrolladora; pero escogió la cruz y la pobreza; escogió la vida recogida, humilde, fervorosa y santa. Y nos dijo que nos negáramos a nosotros mismos y tomáramos nuestra cruz si le queríamos seguir; y nos mandó que oráramos continuamente e hiciéramos penitencia si no queríamos perecer.

Jesucristo es el misionero del mundo y empieza su misión viviendo lo que llamo la Iglesia que ora y que expía. Ya me dice el Santo Evangelio que prime-

ro obró y luego habló, enseñándome lo mismo que ya había obrado, para que yo también lo obrara.

Jesucristo empezó siendo santo y modelo de santidad en todas las virtudes. Antes de decir *bienaventurados los pobres*, quiso vivir la pobreza; antes de decir *bienaventurados los mansos*, vivió perfectísimamente la mansedumbre, aun en la adversidad; antes de decir *bienaventurados los limpios de corazón* vivió con la limpieza más santa y más transparente, y la paz fue inseparable compañera de todas sus obras y de todos sus pensamientos y deseos. Vino a darnos la paz.

Cuanto más se estudia y medita, más admiración produce la vida de Jesús en su casa pobre de Nazaret. La vida de sus primeros años hasta los treinta en que empezó su predicación por los pueblos de Palestina, fue la entrega continua de todo su ser a Dios; el ofrecimiento de toda su persona con las altísimas cualidades que había graciosamente recibido; todo, lo primero, lo más puro y santo lo ofreció a Dios sin que fuera desvirtuado en nada con el polvo del conocimiento y admiración de los hombres; se ofrece en alabanza perfecta a Dios y en holocausto de infinito mérito. Fin primero del misionero es dar la alabanza a Dios en sí mismo antes que en los demás, y Jesucristo se la da. Ha escogido vivir retirado, vivir desconocido, para que no le distraiga de su atención a Dios el trato con los hombres: vivir en la obediencia a sus padres de la tierra y a su Padre del cielo, y para ello se sustenta de un trabajo rudo y pesado, libre de toda venagloria o deseo de presunción, ganando el pan con el sudor de su rostro.

Se ha retirado de la parlería de los hombres, del tráfico social, de los juegos populares, del ambiente de riquezas, de los cumplidos vanos sociales, para vivir en oración íntima, perfecta, para tener su mente y su atención toda en Dios; porque le ha entregado todo su cuerpo y todas sus potencias. Está viviendo la suma actividad espiritual sobrenatural; es la Iglesia orante y expiatoria perfectísima. En esa actividad y trato con Dios y total ofrecimiento a Dios está negociando las almas que ha venido a redimir. No se olvida ni un instante que su misión es ser el misionero del mundo. En altísimo silencio ruega por el mundo, insta a su Padre Celestial por las almas, se ofrece en su vida presente y en su vida futura con total ofrecimiento y como que se prepara para la vida activa de enseñanza y de milagros que más tarde ha de tener, y pide fuerzas para abrazar la deshonra y el dolor de su muerte. Vive Jesús treinta años el amor más abnegado, más alto, más divino que se ha vivido en la tierra: El, que no necesitaba de preparación, porque era la santidad y la sabiduría, se prepara con el ejercicio de todas las virtudes. Estaba viviendo en la obediencia más perfecta y heroica a su eterno Padre y enseñaba a vencer la rebeldía y presunción de la naturaleza humana.

Jesús estaba desarrollando el apostolado más perfecto en su vida oculta e íntima de Nazaret; con su silencio al exterior, estaba predicando de la manera más perfecta; con el ofrecimiento de su ser y de sus acciones todas, estaba rescatando las almas y dando gloria suprema a Dios. Aquel modo de vida era el precio por el rescate del mundo. Jesucristo, desde su concepción hasta su muerte, obró

siempre como el perfecto misionero del Padre y es mi modelo. Empezó por el ejercicio de la vida interior, para terminar en su muerte de cruz.

271. Es propio del misionero redimir y enseñar. Si yo soy llamado para ser misionero, he de empezar por redimirme a mí mismo y enseñarme poniéndome en la verdad de Dios, que es vestirme de Jesucristo y vivir interior y exteriormente lo más parecido a Jesucristo. Como la gracia obra en las almas por la aplicación de los méritos de Jesucristo, tengo que aplicar a mi alma estos méritos divinos; sin la gracia no soy nada; con la gracia seré lo que debo ser; con la gracia me vestiré de Jesucristo, imitaré a Jesucristo.

Tengo que empezar mi encargo de misionero redimiéndome a mí mismo por Jesucristo y viviendo, por Jesucristo, en Dios. Mi vida esté escondida en Jesucristo. Para vivir a Jesucristo e imitarle con perfección he de *ir quitando querer*, como me dice San Juan de la Cruz; o sea: he de ir quitando apetitos y ahuyentando la presunción y la vanidad; he de ir quitando lo terreno y mundano y el apego a lo mundano y terreno; mi esfuerzo continuo ha de ser acabar con mi disipación y con los deseos de la exterioridad; deshacer las acometidas violentas y pertinaces de mi loca y torpe imaginación y vestirme de Jesucristo viviendo en la presencia de Dios. El me dijo que me negara a mí mismo para que pudiera hacerme suyo y ser otro El, y me infundiría sus pensamientos y sus afectos. Necesito vaciarme de mí mismo, quitar el ansia de ver y de tener; de cu-

riosear, que disipa y enturbia, y de poseer, que materializa y ciega, para vivir en Dios.

El amor de Dios desprende de lo terreno; porque no se puede unir lo terreno con lo celestial, ni aun se puede poner comparación de la hermosura, del encanto y valor de lo celestial con lo terreno. Quien procura unir lo terreno con lo celestial no comprende lo que es lo celestial ni podrá vivirlo, y si algo había recibido se hará indigno de tenerlo y lo perderá o se lo quitarán, por no cuidar de guardarlo como margarita preciosa muy superior a todo otro valor conocido o soñado. Quien procura unir en uno lo terreno y lo celestial no es digno ni apto de ser delegado de Dios ni su misionero.

Si he de ser misionero como me quiere el Señor, y delegado suyo entre los hombres, he de vivir la vida nueva de amor sobrenatural y he de predicar con mis virtudes, porque las virtudes son la manifestación y el lenguaje del amor de Dios. Este lenguaje de las virtudes es el que entienden los hombres y persuade a las almas. Como Jesucristo, tengo que empezar obrando; más tarde hablaré.

Pero las virtudes son flores de amor de cielo abiertas en la tierra del alma santa como ha de ser la que es enviada de Dios y en su nombre. Para que florezcan en mí estas bellísimas y preciadas flores, tengo que quitar todo otro amor que no sea el de Dios y no ayude al de Dios; tengo que ir inmunizado contra los deseos o apetencias de bienes e intereses y de una honra vana y de presunción o estima y de una codicia terriblemente nefasta de amistades de personas de renombre y de opulencia. El amor de Dios no admite comparación con ningún otro amor;

quien aprecia y busca el amor y estima de lo que tanto se codicia en el mundo, tiene apego mundano y no puede ser portador digno ni delegado apto del amor de Dios. Son dos intereses contrarios y enemigos y no pueden estar abrazados en un alma. Quien aprecia lo mundano en algún aspecto hace de menos a Dios, y el vaso del amor de Dios ha de ser de oro puro de cielo.

El enviado de Dios ha de ser santo y aun debiera decir mejor ha de ser ángel. Si falta la santidad, si no se ven las virtudes, no tiene la palabra de Dios ni es delegado suyo. Si tengo la atracción de lo que agrada a los sentidos o la vana presunción, si busco alguna vana gloria mía o intereses terrenos, ciertamente no soy enviado de Dios. Si no trato mucho e íntimamente en silencio de oración con Dios, no puedo recibir la luz de Dios ni su amor; si no vivo sobre todas las cosas la vida interior escondida en Cristo, no puede informarme y transformarme el calor de Dios. Si falta santidad no hay misionero de Dios, sólo habrá una falsa imitación del apóstol y en realidad una burla a Dios presentándome en nombre suyo.

La santidad es el fruto de la aplicación de la redención de Jesucristo a mi alma por mi cooperación al llamamiento divino. Es el injerto en mi ser de la gracia de Dios, que pone vida divina y me atrae a vivir en su compañía y trato, a imitar a Jesucristo en mis obras y ser espiritual y santo.

272. Cuando Jesucristo llamó a algunos de sus apóstoles les dijo: *Venid y ved y seguidme.* Y estuvieron y convivieron con El. A todos sus apósto-

les tuvo tres años en su compañía, en su trato familiar, continuo e íntimo; les enseñaba y vivían como El y de lo que El y oraban unidos a El.

No sabemos que les diera ningún curso de elocuencia, ni les señaló libros para que se instruyeran en las ciencias y adquirieran erudición. Jesucristo era su libro y su maestro. Pero sí les encargó y mandó que hicieran oración y penitencia continuamente; que vivieran la pobreza más perfecta no teniendo nada ni poseyendo nada; que no llevaran nada consigo, ni codiciaran nada, confiándose en todo a la Providencia Divina. Cuando estaban perfectamente desprendidos les dio poder para hacer milagros y para mandar hasta sobre los demonios. Les enseñó a hacerse santos y a que buscaran sólo el reino de Dios y su justicia; buscaran y pusieran y vivieran este reino primero en sus propias almas y luego en las almas de todos los hombres.

Así se prepararon los apóstoles para su apostolado; así le empezaron en compañía del mismo Jesús y bajo su dirección y mandato. Trataban muy frecuentemente con Dios en la oración, a poder ser en lugares solitarios; aprendieron a vencer su egoísmo y a ser mansos y humildes; se desprendieron de toda codicia de bienes y de comodidades; se llenaron de abnegación y de amor de Dios. Comprendieron que para redimir el mundo tenían que redimirse antes ellos mismos; que antes que ejercitar el apostolado en los demás y aconsejar las virtudes, tenían que ejercitarle sobre sus propias personas y vivir las virtudes y la fe que iban a predicar.

Me llamáis, Dios mío, al apostolado y me en-

viáis como delegado vuestro. Pero ¿vivo ya vuestra vida? ¿Vivo la santidad que he de predicar? ¿He despegado mi corazón de lo terreno y mundano y le he puesto en el cielo y en vuestras manos? ¿Vivo la oración y la mortificación? ¿He vencido ya mi amor propio, mi vanidad, mi curiosidad y deseo de agradar? Tengo que empezar redimiéndome a mí mismo, aplicando a mi alma los méritos de la vida, pasión y muerte de Jesucristo, practicando las virtudes, viviendo la vida interior, perfeccionando la continua y viva presencia de Dios en mi memoria y en mi imaginación; tengo que despegarme y olvidarme de lo terreno para buscar sólo lo espiritual y celestial; tengo que olvidarme de los cuerpos para ocuparme sólo de salvar las almas; tengo que vivir como Jesucristo, pues me envía como delegado suyo; que puedan decir las gentes cuando me vean: así viviría Jesucristo y así obraría.

273. En todo he de imitar a Jesucristo. Más que mi modelo ha de ser mi misma vida, y yo más que una copia de Jesús he de ser un nuevo Jesús. Tengo que estudiarle y traerle siempre delante y dentro de mí, para que sea mi vida.

¿Cómo fue Jesucristo, el misionero del Padre? Fue perfectísimo y modelo de todos los que habían de ser enviados suyos, porque fue el más santo y la santidad misma; porque fue el que mejor realizó la voluntad de Dios, ya que su voluntad y la de Dios era una misma como Dios, y como hombre la tenía íntimamente unida a la divina y en continua comunicación y actividad de amor y entrega.

Jesucristo fue el apóstol del Padre, perfectísimo

desde el primer momento de la existencia de su alma; y desde ese mismo momento *empezó a ser la Iglesia orante y expiatoria con toda perfección, para ser más adelante la Iglesia docente* en el apóstol santísimo que recorre los lugares enseñando.

No estuvo Jesucristo inactivo ni olvidado de su apostolado ni del fin para que se había encarnado ni un solo momento. Su actividad era inmensa aun en el seno materno, antes de nacer, y lo fue luego en sus primeros años; nadie le conocía, nadie lo sabía, pero toda la inmensa capacidad de sus potencias estaba en la más perfecta actividad empleada en el amor de Dios, en el ofrecimiento de sí mismo a Dios; en la alabanza a Dios por sí mismo y por toda la creación; en la súplica más solícita a Dios en favor de las almas; estaba ya expiando y ofreciendo por las almas aquel estado y sufrimiento que había aceptado. Así empezaba a comprar las almas. Así empezó su apostolado perfectísimo.

Va creciendo, y durante la juventud, el tiempo de las ilusiones y de los esfuerzos por deslumbrar y llamar la atención y dominarlo todo si fuera posible, hasta los treinta años, pasa oculto y callado en Nazaret, una población sin renombre; ha venido a ser el Redentor del mundo y vive en un trabajo fuerte, rudo, de postergación, impropio de un hombre culto, según la estima de la sociedad y según le esperaban las naciones; vive como un pobre trabajador de oficio humilde y poco lucrativo, ganando el pan con el copioso sudor de su frente. Y no se olvida ni un momento que es el Apóstol del Padre, que ha venido a redimir al mundo y que le está redimiendo del modo que Dios quiere, y vive todo ese

tiempo —los treinta años juveniles y de ilusiones— con toda la inmensidad de su amor y toda la capacidad de su inteligencia puestas en Dios y ofreciéndoselas calladamente como el obsequio más perfecto y como las primicias de su apostolado. Es el holocausto perfectísimo.

Podía ser la maravilla de la sociedad en que nació y de todas las naciones del mundo, pues lo sabía todo y se le había dado todo el poder; parece, según la mentalidad humana, que debiera obrar de modo tan portentoso para que todos se fijaran en El, le admiraran y le siguieran, pues venía a salvar y redimir y enseñar al mundo; pero escogió nacer pobrísimo y no tener nada y ofrece en oculto y en holocausto perfecto a Dios la inmensidad de su inteligencia y de su poder, y lejos de pasear las naciones viendo y atrayéndose a los hombres, y recibiendo el aplauso y las enhorabuenas de todos, permanece callado, como escondido y oculto, trabajando humilde; pero amando y expiando y ofreciéndose víctima por la vanidad y presunción de los hombres, que se olvidan de Dios y procuran y desean verlo todo, curiosearlo todo, poseerlo y dominarlo todo y llamar la atención de todos por sus obras inteligentes y arrolladoras, y por sus portentos y maravillas.

Y Jesús estaba siendo el Divino Apóstol del mundo, y estaba redimiendo al mundo y enseñándonos con la obra a todos y muy especialmente a los que fueran llamados para ser enviados suyos. De modo tan sorprendente y maravilloso formaba la Iglesia docente, pero santa; cimentada y hecha una con la Iglesia orante y expiante. ¡Así formaba la

Iglesia santa! Lo primero la santidad, el total ofrecimiento a Dios de todo el ser; el trato con Dios en la vida interior y en el ejercicio de amor; la obediencia a Dios en la práctica de las virtudes, en la humildad, abnegación, sacrificio, desprendimiento de las criaturas y en la caridad. Así fue el Apóstol perfectísimo del Padre y así quiere sean sus apóstoles.

274. La fresca y hermosa flor de la juventud y el regalado perfume de la exuberancia de la ilusión y brío, y las primicias de todo el poder y capacidad se los ofrece Jesús a su Eterno Padre del modo más perfecto y absoluto; porque para Dios, dador de todo bien, ha de ser lo primero y lo mejor; porque con Dios, Amado de infinito amor, ha de ser el trato más continuo y más íntimo. Todo para Dios, pues todo es suyo, y todo en alabanza a Dios.

Aquellos treinta años, en que pudieran bullir y hacerse realidades sorprendentes las más inconcebibles ilusiones, fueron ofrecidos y resumidos en una suprema ilusión, sumamente aleccionadora: en el ofrecimiento perfecto y total de sí mismo de la manera más santa y divina; en vivir todo oculto, desconocido, pobre, en una vida normal de silencio, postergado en un trabajo sin estima, como si no supiera nada o no tuviera capacidad para nada; aceptando las estrecheces de su oficio.

Podía con su talento haber acaparado todos los bienes por la industria o el comercio, ya que escogió nacer en pobreza; podía haber hecho los inventos más maravillosos, pues sabía los secretos de la Naturaleza y las propiedades de todos los elementos;

podía con su elocuencia y conocimiento de los corazones haber arrastrado detrás de sí todas las voluntades, pues el Padre le había entregado todo poder, y Jesús, el Misionero del mundo y el Maestro de la santidad y de los misioneros, ofrece toda su inteligencia y habilidad y sabiduría a su Eterno Padre en silencio y le ofrece todas las cualidades de que ha sido adornado con el mayor amor, en silencio, como el mayor obsequio y la más delicada y suprema alabanza que se podía ofrecer a Dios. Todo su ser para Dios, en la mayor actividad del amor más santo que se ha vivido en la creación. Todo para Dios. El amor y la alabanza y la expiación salvarán al mundo.

Poniendo toda su inmensa capacidad y actividad de amor en Dios, con ofrecimiento total de su ser, no se olvidaba que su misión era redimir al mundo y le estaba redimiendo y me estaba amando a mí en el amor más perfecto con que se puede amar, cual es el amor en Dios; y estaba rogando por mí. Nunca estuvo Jesús ocioso en su obra de misionero. Siempre estaba amando y redimiendo a mí y al mundo. Y me estaba enseñando cómo sería yo discípulo y misionero suyo.

Jesús no necesitaba preparación; fue siempre la perfección y la santidad; pero estaba como preparándose al apostolado activo docente y a la vida de enseñanza oral y de milagros que había de realizar; se preparaba por la oración y por el sacrificio; por el ejercicio de la humildad y de la súplica; por el continuado ejercicio de una altísima vida interior en un amor infinito. En silencio, delante de Dios, estaba comprando las almas. Con su vida dice

a cuantos quieran comprenderle: «Cuando te llame para que vayas a buscar las almas para el cielo, has de ir lleno de amor de cielo y como divinizado por el amor; has de ir a llevar la vida santa interior lleno de vida interior y de santidad; cuando vayas a enseñar oración y virtudes, has de haber vivido continua e intensa oración y practicado la humildad y la caridad; cuando vayas anunciando a Dios, tienes que haberte olvidado de ti por un perfecto ofrecimiento; cuando vayas prometiendo el cielo, tienes que estar completamente libre y olvidado de los intereses y bienes de tierra y aun más: tienes que haberte librado del amor de ti mismo olvidándote de tu fama, de tu nombre, de tu honra y de los vanos conocimientos sociales. Llénate de amor de Dios en trato con El viviendo en oración para que puedas ganar las almas para el cielo y llenarlas de deseos de cielo. Entrégate todo y totalmente a Dios y serás enviado para llevar almas a Dios y al cielo.»

Para ser misionero y delegado de Jesús, tengo que ser santo como Jesús lo fue y vivir como Jesús vivió; tengo que ser alma de amor que trata con Dios; tengo que ser desinteresado, humilde y abnegado como El para buscar solamente el reino de Dios y su justicia, y este reino de Dios es la alabanza a Dios por el amor de Dios en las almas y por la fidelidad y delicadeza en practicar las virtudes.

Más que en los libros tengo que estudiar en el mismo Jesús para imitarle y para comprar como El y con El las almas de los hombres y poner de mi parte lo que falta a la pasión de Cristo.

Jesús no buscó nunca, en ninguna de las acciones de su vida, su gloria, ni su honra o fama, sino la gloria de su Padre Eterno, y se la dio perfecta. No visitó nunca los palacios de los grandes ni echó tierra en su corazón lleno de amor.

275. Si Dios me llama para misionero y he de formarme misionero, tengo que prepararme mirando y estudiando y aun viviendo a Jesucristo, el misionero perfectísimo del Padre, que vino a redimir al mundo y a ser modelo de misioneros; o mejor expresado: el misionero es sólo un delegado de Jesús. Tengo que estudiar y tener presente a Jesucristo con todas las perfecciones de su alma y todas las admirables cualidades de su cuerpo.

Nunca Jesús las tuvo ni por un solo momento ociosas, sino en la más noble y perfecta actividad; ni dejó un solo instante de emplearlas según el fin para que se había encarnado, sino que las empleaba continua e ininterrumpidamente en la obra más benéfica y más adecuada para su santidad y para el apostolado del mundo. Siempre estaban su entendimiento y su voluntad puestos en Dios, y ofreciendo todo el ser con todas las acciones y movimientos sin dejar de ver en Dios todas las almas de los hombres, por quienes se ofrecía, alababa, expiaba y suplicaba. El mundo ni lo sabía ni se enteraba, pero sentía su eficacia. Nada de lo mundano había entrado en sus potencias ni en su alma, por eso no podía robarle ni distraerle o entibiarle ni su rectísima intención, ni un solo pensamiento, ni un solo afecto. En Jesús no podía darse ni un acto de presunción ni un movimiento de deseo de ser visto o aplaudido

de los hombres, y menos de los grandes; pues ante Jesús todos los hombres son no según los bienes que tienen, sino según las virtudes que practican.

Jesús se ofrece todo, ora continuamente, expía en todo, se santifica con todas las acciones de su trabajo unida la voluntad de su alma a la voluntad de su Eterno Padre y amando con el más encendido amor. En sus obras y en su amor pedía por mí y por el mundo. Me enseñaba que sólo Dios es digno de que pongamos en El nuestros pensamientos y afectos y de que le ofrezcamos nuestras obras en alabanza y en súplica y en Dios amemos y pidamos por todos.

Así era el misionero perfecto; así se preparaba para el apostolado docente y de actividad exterior entre las gentes; así negociaba y compraba las almas con su oración, con su humildad, con su abnegación y sacrificio; así ennoblecía el trabajo.

Ahora te pregunto yo, ¡oh Jesús!, para mejor aprender de Ti e imitarte, ¿qué hacías solo en casa con tus padres durante los treinta años de tu vida, en retiro y en un trabajo rudo y fuerte y poco lucrativo? ¿Para eso te dotó Dios el alma de tantas y tan magníficas cualidades? ¿Para eso te llenó de sabiduría? ¿Para eso puso el poder en tus manos? ¿Ahí encerrado y desconocido puedes cumplir el encargo que te ha dado de ser el misionero y redentor del mundo, de enseñarle y guiarle al cielo?

Y Jesús me responde: «Yo orando, trabajando y expiando en una vida oculta, sin meterme en las ansiedades comerciales ni en los tratos y relaciones de la sociedad, me ofrecía por el mundo en silencio y le redimía y enseñaba viviendo las virtudes agra-

dables a Dios y obedecía a mi Padre Celestial con la obediencia más perfecta y del modo que El me señaló. Con esa vida estaba siendo el misionero perfecto y enseñaba cómo habían de ser mis discípulos y misioneros. ¡Así redimí al mundo!»

Para ser enviado de Jesús necesito ser santo y vivir como El. Mi preparación primaria y principal ha de ser vivir la santidad en la oración, en la penitencia, en la humildad, en el trabajo de mi vida ordinaria y oculta con Dios. Si pienso salvar las almas y representar a Jesús con la retórica y con mis modales mundanos y asistencia a actos sociales, lograré humanizarlas, paganizarlas, enfriarlas, apartarlas de Dios. Esperaban ver en mí a Jesús y ven un hombre de meros cumplidos humanos y de estudios. Dios está más alto y más íntimo.

276. Jesucristo no se amoldó a los modos del mundo para redimirle y ser el perfecto misionero. Dominaban en aquella época en el pueblo hebreo los juegos y las costumbres griegas y romanas; eran costumbres paganas con menosprecio de las leyes y de las prácticas religiosas mandadas por Dios en la Ley. Por otro parte, exaltaba los ánimos un patriotismo ardiente con manifiesta rebeldía hacia los romanos, que los dominaban. Jesucristo, según he recordado, vivió vida oculta y retirada sin aspiraciones de mando y sin manifestaciones de insumisión a los que gobernaban. El Santo Evangelio me dice que practicó la piedad y el culto religioso y me mandó amase a Dios sobre todas las cosas y con todo mi corazón; inculcó las virtudes. Su doctrina toda era sobre el reino de los cielos, lo único

necesario; era enseñar las virtudes, inculcar el amor de Dios y menosprecio del mundo; su doctrina era sobre la vida interior de oración y entrega a Dios.

Nunca Jesús se amoldó al mundo, en lo que tiene de mundano: ni en sus diversiones y pasatiempos, ni en los deseos de acumular bienes o puestos de mando, ni se prodigó en el trato social y con la gente distinguida; no mostró ansias de conocer otros países y estudiar en otras naciones o regiones. Su trato era con Dios y en lo íntimo de la familia; su vida la del trabajo, sin mostrar desconformidad y sin quejas. Vivía a Dios y en Dios. Si Jesucristo se hubiera amoldado al mundo, se hubiera hecho mundano, hubiera concurrido a las reuniones y a los juegos, hubiera alabado, al menos, lo mundano y las riquezas; hubiera ensalzado aquellas extravagancias sociales de los fariseos o saduceos, que dominaban en la sociedad y sobre el pueblo; pero Jesús alabó a San Juan Bautista en su soledad con su vestido de pelos de camello y alimentado con comida pobrísima; Jesucristo no visitó los palacios ni ensalzó a los ricos, pero visitó a San Juan y recibió su bautismo; ensalzó la pobreza y curó a los pobres; ni aun alabó a los sabios y escribas y se rodeó de sencillos e ignorantes trabajadores, encomiando la sencillez y humildad de corazón; y aconsejó huir de los primeros puestos.

Jesucristo vino no para hacerse mundano, sino para enseñarnos a huir del mundo y darnos a Dios; para enseñarnos a sobrenaturalizar la vida, y a menospreciar los bienes terrenos y los honores vanos del mundo. Y me lo enseñó con su vida retirada, espiritual, santa, trabajadora y pobre; y me lo en-

señó conminándome que si quería seguirle vendiese todo lo que poseyese, se lo diera a los pobres y le siguiera; y me lo enseñó cuando llevó a sus llamados a la soledad y les mostró que ni donde reclinar su cabeza tenía, ni con quien comunicarse, siendo más pobre que los animalitos y los pájaros, y se comunicaba con Dios. ¡La vida de Jesucristo ha de ser mi vida, si yo he de ser delegado y enviado de Jesús!

277. ¡Extraño fundamento este que Jesús puso de base a su apostolado! ¡No tener nada y tratar habitualmente con Dios! ¡Y se lo exigió inexorablemente a sus apóstoles! ¡Y me lo exige a mí! Y el apóstol que no lo cumplió se perdió.

Jesucristo no se hizo al modo de ser del mundo. Es el mundo el que tiene que cambiar sus modos y abrazar y vivir la enseñanza y vida de Jesucristo e imitarle, si ha de ser redimido y salvarse. Jesús me dice: *Yo soy el camino, la verdad y la vida*. Si yo soy enviado de Jesucristo y misionero del mundo, tengo que vivir como Jesucristo y hablar la doctrina de Jesucristo, no la mía ni mi modo de discurrir. Si yo me hiciera al mundo en sus modos y vida, haría traición a Jesucristo; vendería a Jesucristo y me habría convertido en su enemigo. El mundo y sus bienes y comodidades o presunciones me habrían pervertido a mí, en lugar de convertir yo a las almas. Yo habría prevaricado y pervertido convirtiéndome en un mundano, aseglarado y disipado.

El misionero aseglarado es una contradicción: se llama misionero y lleva el espíritu del mundo; ha

perdido la vida interior, el trato con Dios, porque ya no tiene su amor y en lugar de hacer a las almas espirituales y traerlas a Dios, las hará disipadas, presumidas y mundanas; en lugar de ver en mí a Cristo dulce y santificador, verán las gentes una caricatura despreciable de Cristo que sólo pronuncia palabras vacías; en lugar de entrar las almas en el camino del espíritu y del cielo, serán codiciosas y terrenas y se afianzarán en su camino de anchuras y regalos. Me habría convertido yo de misionero de Cristo en instrumento apto del demonio y el más perjudicial para las almas, como lo encontró en Lutero para hacer todo el mal que hizo y continúa haciendo.

Mi memoria me está presentando un pensamiento muy repetido en estos tiempos: se dice que es una exigencia necesaria para el apostolado hacerse al mundo para ganar y llevar los hombres a Dios. ¿Qué me decís Vos, Jesús mío, sobre esto? ¿Qué me dice vuestra vida? ¿Qué me dicen vuestros misioneros santos? En mi oído resuena con dulce eco atrayente esta frase: «Si Jesucristo hubiera vivido hoy, hubiera hecho esto, hubiera ido a tal parte y se hubiera dedicado a esto.» ¿Cuál es, Señor, vuestra respuesta y vuestra doctrina? «Cambiarán los hombres y las generaciones y pasarán los siglos y las distintas costumbres, pero mi evangelio y mi doctrina son eternos como yo. A ti y a todos mis enviados os dejé mis ejemplos con mi vida y enseñanzas. Has recordado mi vida oculta, pobre, humilde, de oración y trabajo. Mi Evangelista te dice: Si alguno predicara o enseñara algo contra esta doctrina y tergiversara la narración de mis hechos, sea

anatematizado. Ahora te repito yo con la misma verdad inconmovible: si alguno de los que se dicen enviados míos se hicieran a la manera de ser del mundo, a las costumbres y modos del mundo, si alguno hablara doctrinas contaminadas de mundo, ése no se ha redimido aún a sí mismo ni es misionero mío, sino enviado del mundo y de la mundanidad y misionero del diablo. El que se hace al mundo no puede convertir al mundo y en tanto cuanto se hace del mundo se pervierte a sí mismo. Yo siempre fui yo, y continué siendo y no cambio mi doctrina, porque soy eterno.»

278. Mi vida como misionero y delegado de Cristo debe estar en continuo trato con Cristo y escondida en Cristo para que, llevándole a El y viendo a El en mí, sea efectiva mi misión y redima las almas y las gane para Jesucristo. Porque si he de redimir las almas de los hombres y enseñarlas el camino del cielo y de la perfección, he de empezar por santificar la mía; y para enseñarlas a amar a Dios y a tratar con El, he de empezar amándole yo tratando en oración prolongada con Dios.

Si me siento inclinado a trabajar por convertir el mundo, y poner amor de Dios en mis prójimos, he de ir yo ardiendo en ese amor y estar lleno de Dios y desprendido de lo mundano. Esa será la señal de que Dios me llama y me ha dado su delegación y yo he sido fiel a ella.

Si yo no trato frecuente e íntimamente con Dios, no viviré como El vivió, ni tendré su amor y su verdad, ni estaré desprendido de mi amor propio y de lo terreno, ni de mis apetitos y gustos y se me

pegará lo mundano, y se verá mi vanidad, mi codicia y el deseo de mi regalo.

Si yo soy misionero, tengo que llevar al mundo una vida nueva y un modo nuevo; la vida sobrenatural y la enseñanza de virtudes, pero tanto con las palabras como con los hechos. Las almas han de ver en mí y han de escuchar en mí al mismo Jesucristo en pequeño; por eso mismo mi vida y mis virtudes, mi oración y mi abnegación, mi mansedumbre y humildad, el dominio de mí mismo, el desprendimiento de todas las cosas y mi caridad han de ser lo mismo que los de Jesucristo, y estas virtudes no se improvisan ni crecen de momento. He de predicar no lo que yo discurro, ni mis opiniones científicas, ni mis sutilezas teológicas y mi modo de ver la política de los que gobiernan; no he de imponer mis opiniones ni expresar las asperezas de mi celo indiscreto, sino a Jesucristo, y a Jesucristo crucificado y el reino de los cielos como El predicó y me enseñó.

Si soy llamado para misionar, antes he de haberme convertido en una hoguera de amor de Dios y he de llevar puesto el vestido de la caridad, de la mansedumbre y de la mortificación. El apostolado no es hablar más o menos elocuente o sutilmente, ni está en poner vehemencia; el apostolado es amar y contagiar de amor o incendiar en amor. Se abrasa el apóstol metiéndose en la hoguera de Dios y recibe el amor en el trato prolongado y amoroso con Dios. La oración es ejercicio de amor; es estar tratando de amor con el mismo Dios y ofreciéndose en expiación por las almas que va a redimir.

No es oficio descansado ni regalado el de misio-

nero. Si soy apóstol de Dios, como delegado de Cristo tengo que tomar sobre mis hombros y mi conciencia los pecados del mundo y sacrificarme y dejarme crucificar para expiarlos. El misionero ha de estar continuamente crucificado por amor de Dios y de los hombres; el crucificado por amor está en continua oración y clamor a Dios. Si no me consagro a la oración, si no soy alma de sacrificio, si no soy alma desprendida y de manifiestas virtudes, no soy misionero del Señor aun cuando haya leído todos los oradores profanos y sagrados; lo principal del misionero no es ni la ciencia, ni la abundancia de palabra, ni la simpatía personal, es la santidad, es el constante ejemplo de las virtudes, es ser un hombre de Dios interior y exteriormente y el espíritu de Jesucristo vivirá y obrará en él. Si no soy alma de sacrificio, y de vida interior, seré misionero del mundo, me haré a la manera de ser del mundo, condescenderé con lo mundano, verán en mí la vanidad y presunción, se traslucirá mi codicia de fama y de bienes, brillará mi presunción, pero sólo seré un misionero pintado o la caricatura de misionero de quien se reirá el demonio y me despreciará y me utilizará, estimulando mi vanidad, para predicar mundo y perder almas.

Para ser misionero tengo que ser ángel, tengo que ser verdadero Cristo en todas mis acciones y aun en todos mis modales y, como Cristo, vivir todo ofrecido, todo desprendido, todo hecho amor de Dios. He visto que de ese modo fue Cristo en su vida y en su doctrina. Obró y enseñó. Vivió el reino de los cielos y le anunció a todos, muy especialmente a los trabajadores y pobres.

279. Esto me enseñan los verdaderos misioneros y los que más se han destacado, cuyo nombre glorioso está vivo aún entre nosotros.

¿Quién pudiese compararse con San Pablo? Es el apóstol de las gentes por antonomasia. Sé por su historia cómo fue y me enseña cómo tengo yo que ser: *Hermanos míos, os ruego encarecidamente, por la misericordia de Dios, que le ofrezcáis vuestros cuerpos como una víctima viva, santa y agradable a sus ojos. Y no queráis conformaros con este siglo, antes bien transformaos con la renovación de vuestro espíritu a fin de acertar qué es lo bueno y lo más agradable y lo perfecto que Dios quiere de vosotros.*

Y el mismo apóstol me dice en otra parte: *No queráis tener parte con ellos, porque verdad es que en otro tiempo no érais sino tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor. Y así proceded como hijos de la luz. El fruto de la luz consiste en proceder con toda bondad, justicia y verdad inquiriendo lo que es agradable a Dios. No queráis, pues, ser cómplices de las obras infructuosas de las tinieblas; antes bien, reprendedlas. Y así mirad, hermanos, que andéis con gran circunspección, no como necios, sino como prudentes, recobrando el tiempo perdido, porque los días de nuestra vida son malos. Por tanto, no seáis indiscretos e inconsiderados, sino atentos sobre cuál es la voluntad de Dios.*

San Pablo quería que todos sus discípulos fuesen apóstoles según su estado y condición y da reglas para que puedan serlo como deben. Para que vivan el apostolado les escribía a ellos y me escribe a mí: *Si habéis resucitado con Cristo, buscad las*

cosas que son de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios Padre; saboreaos en las cosas del cielo, no en las de la tierra, porque muertos estáis ya y vuestra nueva vida está escondida en Dios.

San Pablo no se contentaba con recorrer el mundo de una parte a otra llevando el nombre de Dios, sino que vivía principalmente en la actividad interior dentro de su espíritu, y en esa actividad instaba a Dios y se encomendaba en las oraciones de los santos de la tierra. Instaba a Dios pidiendo por las almas en tanto grado que, como había hecho Moisés, suplicando exigía del Señor la salvación para el pueblo todo o que le borrara a El del libro de la vida, sabiendo que Dios no borra a ningún alma justa. San Pablo se ofrecía a ser apartado como víctima de expiación para que todos se salvaran. La oración, la vida interior y el sacrificio son el arma principal del misionero.

280. Siglos más tarde, a finales de la Edad Media, San Vicente Ferrer recorrió Europa predicando la verdad evangélica y exhortando a vida santa. Maravillosa era su facilidad predicando y las demás cualidades del orador sagrado, pero su principal preparación era la vida interior y la penitencia. Con la oración y la penitencia se disponía a la conquista de las almas. Aun cuando sabemos lo temiblemente pesados que eran entonces los viajes, nunca se dispensaba el Santo del ayuno y de la disciplina diaria ni aun en los últimos días de su vida. Su oración era larga y fervorosa. La oración íntima le dio aquella confianza en el Señor tan grande que des-

pués de sus sermones tocaba a hacer milagros y los hacía con cuantos enfermos venían a él, porque Dios lo quería accedía a la petición de San Vicente.

Y si hacía los milagros para las enfermedades del cuerpo, más hacía con las muchas almas que constantemente convertía, consiguiéndolo con su penitencia y oración. Estaba lleno de Dios e iba difundiendo amor de Dios por donde pasaba.

Antes de él, cuando tenía que hablar, San Bernardo se preparaba orando en la noche ante el crucifijo y besando sus pies. Y en los tiempos difíciles que siguieron al filosofismo incrédulo del enciclopedismo, se preparaba el Beato Diego de Cádiz, para sus concurrísimas misiones por España, con vida de oración y penitencia, haciendo días de especial recogimiento y pasando largas horas de la noche delante de Dios y llevando por la iglesia una grande cruz sobre sus hombros para redimir los pecados de las almas que iba a evangelizar. Lleno de Dios, sus palabras eran luz de cielo e iluminaban las almas. No podían resistirlas sin rendirse cuantos las oían.

Lleno de Dios, iba completamente desprendido de los bienes de la tierra, en tanto grado que no quería retribución alguna de tierra por sus predicaciones, llegando a decir que prefería le echasen una serpiente en la capucha antes que monedas para pagarle, viviendo de la liberalidad de la Providencia y confiado en la palabra de Jesucristo. Nunca Dios le faltó. antes siempre se mostró muy generoso en atenderle.

Leo atento lo que me dice aquel maestro de

maestros de misioneros, el Santo Juan de Avila. Este encargo de ser delegado de Dios para trabajar en la salvación de las almas, es el más importante que Dios comunica a los hombres y el de mayor responsabilidad; por lo mismo se ha de hacer con la mayor vigilancia y el más delicado esmero y abnegación. «No tiene Dios —escribe— negocio que más le importe que el de las almas, y por ellas lo crió todo. Y El mismo se hizo hombre para, en la carne que tomó, poder comunicarse con los hombres. Gran dignidad es traer oficio en que se ejercitó el mismo Dios, ser vicario de tal predicador, el cual es razón de imitar en la vida como en la palabra. Sobre fuerzas humanas es ser buen ministro de Dios en la conversión de las ánimas.»

Este gran misionero nos enseña cómo se ha de hacer bien este ministerio. La preparación ha de ser más en la oración que en los libros, y más con penitencia que con ruidos y anuncios. *Porque si ha de ir bien hecho este negocio, los hijos que hemos de engendrar por las palabras no han de ser tanto hijos de voz cuanto hijos de lágrimas; porque si uno llora por las ánimas y otro predicando las convierte, no dudaría en llamar padre de los así ganados al que con dolores y gemidos lo alcanzó del Señor antes que al que con la palabra pomposa y compuesta los llamó de fuera.*

Cuando querían recompensar a este santo misionero con bienes económicos los esfuerzos de su vida y de su predicación, solía responder a los que le porfiaban: ¿Cómo voy a recibirles, para que luego puedan decirme los que me escuchan, cuando les hablo contra la avaricia y del desprecio de los bie-

nes terrenos: ¿Y tú? ¿Y tú? Y con este despego, ¿cuántas obras materiales y costosas no realizó fundando universidades y casas benéficas? ¡Cuanto más desprendido le veían y le admiraban más santo, más se volcaban para ayudarle y llovían en él las misericordias del Señor! ¡Y personalmente vivía pobrísimo y se cubría con un manto talar raído! Era santo y renovaba la sociedad.

El ministerio de ser misionero es el más grande que hay en la tierra, y si siento que Dios me llama para desempeñarle debo responder siendo perfecto, espiritual, desprendido de todo para estar dado a Dios del todo. San Juan de la Cruz de tal manera le admiraba que solía citar en sus conversaciones y enseñanzas las palabras de San Dionisio para ensalzarle: *El más divino de los oficios divinos es cooperar con Jesucristo a la redención de las almas y a su santificación.* Y el Papa Benedicto XV empieza su Encíclica sobre las misiones diciendo que *Jesucristo encargó aquel más alto y perfecto encargo a sus apóstoles.*

A alguno que quería dedicarse a la predicación diciendo que era un ministerio muy agradable y de recompensa y crédito, le advertía el experimentado Juan de Avila: Sí, muy dulce es la guerra para los que no han probado sus trabajos y peligros; ésta es la dulzura del misionero en la tierra: un continuo soldado de Dios luchando siempre con el mundo y con el demonio, y eso sólo lo pueden hacer los santos y los mártires; los que miran al cielo y ponen en él toda su confianza y descanso, no llevando peso de tierra ni de vanidad ni buscándose a sí mismos.

Santa Teresa, iluminada por Dios, dijo de los predicadores: *Han de ser ángeles*. Tengo que ser ángel y tengo que ser penitente; tienen que verme como un ángel y como un penitente. Para hablar como un ángel son necesarias obras de ángel. Cuanto el ministerio es de mayor santidad y responsabilidad, exige más virtudes y más continuo desvelo.

281. Quiero recordar un poco más detenidamente cómo se preparaba el Santo Juan de Avila para desempeñar su ministerio y cómo enseñaba a que se preparasen sus discípulos para predicar.

Les decía que quitasen algo de los estudios de los libros y lo diesen a la oración. El cumplía este consejo maravillosamente. Nos dice su vida que un hombre tan activo y de tanto renombre y de tantas consultas como él era, daba por la mañana dos horas a la oración y otras dos por la tarde, pero ni aun con esto se contentaba cuando tenía que predicar, que era de continuo. Puesto de rodillas y agarrando el crucifijo con ambas manos, oraba y se preparaba empleando a veces toda la noche. De este modo, como nuevo Jacob y como otro San Pablo, luchaba con Dios en humilde pero insistente y prolongada súplica en favor de las almas, poniendo por intercesor a Jesucristo y presentando como precio su pasión y su sangre; así estaba ante Dios hasta conseguir la salvación de las almas. Por eso cuando predicaba era fuego y luz del cielo que todo lo iluminaba y quemaba en amor de Dios.

Porque «predicar no es estar una hora razonando de Dios, sino que el que viene a escuchar venga hecho un demonio y salga hecho un ángel.» Cuantos

oían sus sermones salían callados, admirados, pensativos, cambiados. Obraba grandes conversiones de malos en buenos y muchas más de buenos en mejores y ansiosos de perfección; iban a escucharle sacerdotes y religiosos y seculares para aprender y para enfervorizarse.

Pero así era su vida. Así lucía su santidad. Juntaba en su persona la Iglesia orante, expiatoria y docente. Compraba con oración y sacrificio las almas a quienes predicaba. Sus labios estaban purificados, como los de Jeremías, no por el Serafín, sino por el mismo Jesucristo, a quien con tanta devoción recibía y veneraba y suplicaba en la Eucaristía. Las gentes veían en él al santo y escuchaban al santo y no quedaban defraudadas. Dios les hablaba por el santo como por otro Moisés. Con sus palabras se movían muchos a esforzarse para ser santos y todos a mejorar la vida, a acercarse a Dios por la virtud. Salían mejorados y contentos de oírle, porque habían oído y visto a un santo. No fueron solos San Juan de Dios y Doña Sancha de Carrillo los que se determinaron a ser santos después de oírle.

282. El Papa Pío XII, que tanto inculcó y alabó el apostolado activo de la Iglesia docente, exigía también que el apóstol fuese santo y de grande vida interior; y así decía: «Ser hombre de Dios es, ante todo, tender a la perfección de la caridad divina: *Sed santos, porque yo, el Señor vuestro Dios, soy santo.* Ahora bien, hoy como ayer la santidad exige, como condición indispensable, la oración y la ascesis; y Nos no nos cansaremos de recomendar a to-

dos nuestros hijos alistados en los trabajos del ministerio sacerdotal que se examinen sobre su fidelidad a esta doble obligación»...

«¡Estos caminos trazados por sus antecesores, estos caminos que exige sobre todo la santidad de su vocación, síganlos los sacerdotes de hoy con una generosidad tanto más grande, cuanto que las tareas apostólicas que los solicitan son tanto más pesadas y más acuciantes!... Las grandes leyes de la unión con Dios y de la fecundidad apostólica permanecen inalteradas de siglo en siglo; la cruz sigue siendo el instrumento de nuestra salud, y todos los días por el sacrificio de sí mismo, que inspira la caridad divina, todos los días *por el ayuno y la oración* será vencido el príncipe de las tinieblas.»

«Puede ocurrir que algunos la consideren (la vida interior) menos adaptada a nuestros tiempos por diversos motivos; por ejemplo: porque los hombres modernos se sienten más propensos a entregarse en seguida y sin reparo a la acción o porque las necesidades del apostolado son hoy más urgentes que en el pasado. Totalmente contrario es nuestro pensamiento, porque nuestra edad tiene necesidad suma de que la vida interior del espíritu se vigorice mediante una fuerza sana y permanente, tanto más cuanto que las necesidades y el bien de las almas exigen apóstoles mejor preparados.»

«En este siglo, en el que tanto y tan inútilmente se habla muchas veces de males y de remedios, más de una vez hemos pensado que uno de los principales sería precisamente éste: ¡*Muchos sacerdotes santos!* Porque la historia enseña que doquiera un sacerdote santo y celoso ha surgido, doquiera ha

vivido, en derredor suyo y como por ensalmo todo se ha renovado, todo vivificado, como cuando en el desierto rompe inesperada y audaz la alegría de una fuente e inmediatamente en torno a ella triunfan sobre la aridez y la desolación la frescura y el verdor. Y hasta las caravanas vienen de lejos para regocijarse, descansar y cobrar fuerzas en el encanto del nuevo oasis.»

«El Maestro Divino a los discípulos... mandaba por el mundo no sólo a predicar, sino a santificar y a santificarse como El mismo se santificaba.»

«La formación de una profunda vida interior es, en efecto, condición necesaria para ser verdaderamente *sal de la tierra y luz del mundo.*»

Aun a las mujeres decía el mismo Pío XII: «¿Cuántas jóvenes tienen el valor de entregarse a la oración cotidiana y prolongada, única vía que conduce a la presencia de Dios? No esperéis, queridas hijas, realizar un apostolado digno de tal nombre si no aceptáis desde el comienzo esta elemental exigencia, cuya importancia no ha cesado de subrayar la tradición.»

Si esto decía a las mujeres, ¿cómo no había de resaltar en toda su inmensa necesidad la vida de oración y de penitencia que es imprescindible y lo más necesario al misionero?

El Papa Pío XII habló del apostolado activo con un entusiasmo y encomio que algunos pensaron y escribieron sobre sus enseñanzas como si ya el emplear el tiempo en la oración y en la penitencia fuera perderle y la vida del misionero moderno, por exigencias de la sociedad, tenía que prescindir de ella y consagrarla a la actividad y a la convivencia

con las gentes y en los centros vitales. Sus palabras dicen lo contrario.

283. Si siento en mí el llamamiento que Dios me hace para ser su misionero, debo tener muy presente que los apóstoles, cuando recibido ya el Espíritu Santo se llenaron de la sabiduría divina y se dieron a la predicación no dejaron la oración por la predicación sino que de día predicaban y de noche oraban, como lo habían visto y practicado con el Divino Maestro. Porque era mandato terminante de Jesucristo que *hicieran oración y penitencia* continua, y, como les había dicho al curar al endemoniado, *que este género de demonios sólo puede echarse con oración y ayuno.*

Este es el espíritu que Jesús dio y éstas las armas que entregó y entrega a sus enviados y delegados. El misionero tiene que emplear inexorablemente su tiempo libre principalmente en esto. Ha de hacer sus estudios con Jesús, pero, sobre todo, ha de tratar mucho con Dios en oración y en súplica para predicar lo que Dios le comunique y como Dios quiere. No puede ser otra mi vida ni mi actuación.

¿No sería terrible equivocación mía y de inmenso daño para mi alma y para todas las demás que según esa vocación de misionero he de tratar que, creyéndome llamado al apostolado activo pensara que Dios me quiere mandar como misionero y especial delegado suyo ante las gentes y que no tratara con El, ni me comunicara con El ni acudiera a recibir sus disposiciones y mandatos? ¿Cómo podría cumplir su voluntad ni recibir sus enseñanzas?

Si empleo todo el tiempo en hablar con los hombres, en moverme de una parte a otra afanoso, en curiosear monumentos, costumbres de las distintas regiones y no estoy con El, ¿cómo me comunicará su luz y su amor? Y si pongo mi cuidado en llevar una vida bien alimentada, cómoda y regalada, en desvivirme por agradar para que me feliciten por que hablo elegantemente, en frecuentar las reuniones sociales, o en los pasatiempos y diversiones vanos o graciosos de los hombres o lecturas frívolas; dejando pasar el tiempo que debía dar a Dios y posponiendo y suprimiendo su trato, que es la oración y penitencia que me mandó, ¿cómo el Señor puede comunicarme las virtudes, ni su espíritu? ¿Cómo iré vestido de las armas de Dios ni llevaré su palabra?

De este modo no sólo no ganaré las almas para Dios, sino que habré profanado tan divino ministerio, me habré convertido en traidor a la confianza que Dios puso en mí como delegado suyo y como la lepra vino sobre el criado de Eliseo vendría también sobre mi alma por haber cambiado lo celestial por lo terreno y haberme pasado a ser enviado del mundo y del demonio con vestido de Dios.

Si vivo esa vida y oyéndome predicar se convirtiere algún alma, puedo estar muy seguro de que ese alma no se ha convertido por mis voces, sino por la oración y penitencia de algún alma santa y recogida. Y sería bien triste desgracia para mí que, llamándome predicador y misionero, me quedara yo con las manos vacías y manchadas, mientras esas almas santas recogidas en oración, alcanzaban del Señor la conversión y santificación de las almas

apartadas de Dios, siendo ellas los verdaderos misioneros y quedando yo en un presumido disipado, al servicio de mi vanidad y del mundo y de quien se reiría el demonio jugando conmigo.

Leo en la vida del mismo santo varón Juan de Avila que, predicando un predicador con mucha erudición, brillantes conceptos y teóricas sutilezas, agradaba a los que le escuchaban y salían de oírle haciendo comentarios de la sutileza y ocurrencia de su entendimiento, pero tan fríos como habían entrado. Al siguiente día tuvo que predicar el Santo y con tanto espíritu de Dios lo hizo que cuantos le oyeron salían con la cabeza pensativa y la voluntad fortalecida para cambiar de vida o mejorarla, y al mismo tiempo como estupefactos del espíritu de Dios que con tan arrolladora y persuasiva elocuencia se manifestaba por su boca y entraba en las almas. Si le oían los malos, salían con propósitos de empezar una vida buena; si le oían los tibios, salían fervorosos y con determinación de ser santos, como salieron de oírle y lo fueron San Juan de Dios y Doña Sancha de Carrillo. Encendía en el fuego de cielo que le abrasaba a él y contagiaba de las virtudes que vivía y todos conocían, como contagió a San Francisco de Borja.

284. Pues me llamas, Dios mío, y me envías en nombre tuyo para llevar tu luz y tu gracia a las almas y excitarlas a ser santas, que no me deje aventajar en virtudes y en espíritu, y, por esto, en el verdadero apostolado, de las santas que forman la Iglesia santa que ora y que expía, siendo yo quien debe formarlas y enfervorizarlas a ellas, pero sien-

do ellas quienes en la realidad convierten las almas y piden al Señor sostenga mi virtud. Yo, Señor, me uno a ellas en su oración y en su santidad y petición, pero quiero ser tan santo y aun más que ellas, debiendo vivir todo junto en mí perfectamente: la Iglesia orante y expiatoria y la Iglesia docente y santa.

Toma, Dios mío, perfecta y total posesión de mi alma y lléname de tu amor y hermoséamela enriqueciéndola con las virtudes para que de mis labios y de mis acciones salga el buen olor de Jesucristo que encamine a todos los hombres al bien y a la santidad. Que puesto que me parece que me llamas para ser delegado tuyo en la tierra, me olvide de mi amor propio, de mis opiniones personales, de mis intereses terrenos, de mis comodidades, gustos y regalos para que siempre hable sólo tu doctrina, no la mía, y exponga tu voluntad, no la mía, para que viviendo yo tus enseñanzas, tu oración y la vida interior, la muestre a los demás y que mi vida de recogimiento, de sacrificio y edificación sea como lo fue la de San Pablo y la de todos los apóstoles tuyos santos.

Siento en mi naturaleza la inclinación a llamar la atención, a adquirir fama y tener nombre, a tratar con hombres de relieve, aun cuando quiera engañarme diciéndome que es por honra de mi Orden; deseo y procuro decir algo llamativo y con modos extraordinarios; quiero imponer mi modo de pensar en cosas que distan mucho de ser verdades evangélicas dichas por Ti, ni aun siquiera ciertas, pero que son la manifestación de mi vanidad y de mi amor propio, olvidándome de que soy tu

delegado. Propendo a reprender duramente y con aspereza y a enumerar pecados determinados, por desgracia sabidos de todos, pero que no cometen los que me escuchan y por lo mismo sin fruto alguno, en lugar de explicar virtudes y el modo de adquirir vida interior; porque me es muy fácil enumerar pecados, cuyo solo recuerdo mancha, y hablar desafortadamente contra ellos, no por amor de Dios ni por poner verdadero espíritu en las almas, sino por vanidad mía y desfogar mi soberbia; porque quizá caigo luego en los mismos pecados, y en la misma falta de humildad y en la misma avaricia que tan ásperamente fustigo, procurando que me den y me paguen bien y mostrando la misma gula y molicie de que me quejo, lamentándome si me falta comodidad y regalo.

Cuando los dos hermanos San Juan y Santiago quisieron pedir que bajara fuego del cielo para que abrasara la ciudad que no quiso recibir a Jesús, no tuvieron la aprobación de Jesús ni les alabó por ello, antes les advirtió que no se movían a hacerlo por amor de Dios y mostraban el amor propio y su mal carácter. Y cuando le pidieron estar el uno a su derecha y el otro a su izquierda, no obraban como misioneros suyos, ni buscaban la salvación de las almas, antes buscaban su propio encumbramiento, muy ajeno de lo que debe buscar el apóstol. En cambio, Jesucristo les ofreció el cáliz que no pedían, el cáliz del misionero, que es la oración y el sacrificio, hasta abrazar el martirio por Dios y por las almas, como después lo abrazaron. Y esto me ofrece y quiere de mí Jesús.

Lo más divino de todas las cosas divinas es coo-

perar con Dios a la salvación y a la santificación de las almas, o sea ser misionero; pero misionero completo, perfecto, interior aun más que exterior; ser divino misionero; ser la Iglesia orante y expiatoria, y con ella unida la Iglesia docente, santa, divina.

Para ser misionero y delegado de Dios he de ser santo, el más santo, el más humilde y manso, el más espiritual de todos. Voy a ser delegado de Dios y a llevar el reino de Dios a las almas; he de tratar con Dios como Moisés, como Elías, como los apóstoles, para decir lo que el Señor me comunique. *He de ser ángel.*

¿He adquirido ya esa humildad y mansedumbre para hablar palabras de cielo con caridad y dulzura de ángel? ¿Vivo la presencia continua de Dios para poder hablar de Dios, de la vida interior y de la vida de cielo? ¿Gusto de tratar con Dios orando y estoy desprendido de los intereses de bienes y de fama y de mí mismo? ¿Empleo en estar con Dios el rato que me queda libre? Soy llamado para construir el edificio de Dios. El misionero que no es santo interior y exteriormente, destruye en lugar de construir. El que no edifica, escandaliza y da lugar a la murmuración y a la maledicencia.

Tengo que ser santo. Mi primera predicación serán mis virtudes y mi vida santa. Cuando viva la santidad, podré predicar de santidad, seré de Dios y Dios estará en mí. Llevaré a Dios en mi alma y Dios me guiará y me enseñará. Seré su fiel representante y delegado. Seré su fiel misionero.

Dijo San Juan de Avila: *Para predicar más que cansar los ojos en los libros, encallecer las rodillas ante Dios orando.*

DECIMASEXTA LECTURA-MEDITACION

(Primera del día octavo)

Rectitud de intención

285. Leo en la vida de San Felipe Neri que ordinariamente acostumbraba terminar sus pláticas con estas palabras: *Obediencia, humildad, desprecio*. Estas tres virtudes están tan íntimamente unidas entre sí que se reducen a una sola; son tres flores de un mismo tallo o tres colores de la misma flor, que exhalan el perfume de la mansedumbre. Tan imprescindibles y aun esenciales son para la santidad que si carezco de ellas no tengo santidad, y si las practico con perfección habré adquirido también la santidad perfecta. Estas virtudes son el trono donde se sienta la caridad y el mismo Dios. Al mismo tiempo que me enseñan a desconfiar de mí, me enseñan a ver la grandeza para la cual Dios me ha criado y a poner toda mi confianza en el Señor comunicándome la persuasión de que con Dios todo lo puedo.

Sé que no debo fiarme de mí mismo para nada.

Leo en Santa Teresa que «si entendiésemos nuestra miseria, en todo hallaríamos peligro mientras vivimos». Y no me causa poca extrañeza ver que me da esta enseñanza cuando trata de la oración y del recogimiento de la oración, a lo que tanto me exhorta la Santa. ¡La oración! La oración es el punto de partida para la santidad y el medio para crecer en virtudes y perseverar. Todos los autores espirituales convienen que sin la oración no se progresará en las virtudes y por ella se comunica Dios al alma; se considera como el medio más santo para el desarrollo de la gracia y es el ejercicio del amor de Dios. Quizá por no fijarse en esta advertencia no se ve el peligro y hay tan pocas almas de oración, aun cuando se tengan muchos ratos de oración.

Puedo, con tristeza, ver esto en mí mismo. Yo llevo bastantes años diciendo que procuro tener oración, tomando mis ratos diarios para hacerla, me parece que deseando más que otra cosa cualquiera la oración; me recojo para estar con Dios y tratar a solas con El, y veo que estoy aún muy lejos de ser alma de oración.

Continuamente oigo y leo y yo mismo digo lo muchísimo que puede un alma de oración. Nadie me lo ha enseñado con más seguridad y mayor exaltación que Nuestro Señor Jesucristo. Suyas son las palabras de: *Pedid y recibiréis. Pedid insistentemente y se os concederá. Si dijereis sin vacilar a este monte que se traslade, os obedecerá y se trasladará.* Es la petición de amor del alma amada al Amado y Amador y no dejará el Amado de hacer cuanto el alma amada le pida, como concedió a la Virgen cuando ella le insinuó una cosa no necesaria, como

el vino, que es necesidad sólo de lujo; pero Jesús accedió a la insinuación y realizó el milagro. ¿Qué no podrá el alma de oración? San Felipe Neri, confiado en estas palabras del Señor y en su misma experiencia, solía decir: *Dadme tiempo para tener oración y yo lo alcanzaré todo de Dios*. Un grupo de almas de verdadera oración reunidas cambiarían el mundo y le incendiarían en amor de Dios y le convertirían en un verjel de virtudes.

Pero esto me prueba que hay muy pocas almas de oración íntima de amor, aun entre las muchas que se dedican y toman su tiempo de oración. Dios mío, si es lo que yo más deseo, ¿no llegaré a ser alma de oración? ¿No llegaré a ser llama en esta hoguera de la oración? ¿Por qué no soy ya alma de oración? Ser alma de oración no es ser sólo alma que piensa y alma que siente algunos afectos, o que suplica al Señor. Alma de oración es ser alma de virtudes, alma de voluntad unida a la de Dios, alma que se recoge atentamente con Dios sin divagar por fuera; es ser alma de amor, y como el amor es no sólo compenetración, sino unión con Dios, con el mismo Dios, se retira de todo lo que distrae de Dios o de cuanto puede poner algo de polvo que enturbia la atmósfera, para vivir sólo con Dios y para Dios, y participa del poder de Dios y de su sabiduría y hermosura; tiene dentro de sí misma a Dios, su Amado; con El se contenta; en El lo encuentra todo; en El ve toda la hermosura y conoce toda la sabiduría; con la vida de Dios llegan a su perfecto desarrollo las flores y frutos de las virtudes. El alma de oración verdadera es alma santa y puede cuanto podemos imaginar delante del Señor. ¿Por qué entre

los que nos hemos consagrado habrá tan pocas almas que se puedan llamar almas de oración? ¿Por qué será tan reducido el número de las almas que han recibido el don de la oración? La oración perfecta es lo más difícil que hay, porque su fin es el más noble y el más excelso; porque trae los mayores bienes al alma; porque es tratar con el mismo Dios y empaparse en su amor.

Toda la vigilancia y esfuerzo es insuficiente para conseguirlo. Sólo el brazo poderoso de Dios puede concederlo, y Dios exige la profunda humildad y el determinado recogimiento y atención hacia El. Dios quiere todo el corazón, y cuando se llena el corazón de algo que no es Dios, que no es limpieza y transparencia, no pone el Señor su don en el alma. Dios es infinita luz y hermosura infinita y exige que el alma no se abrace ni se manche con fealdad ni oscuridad ninguna.

He creído que podía separar la oración de las virtudes y de la abnegación, y por esta causa, aun cuando me he esforzado por tener oración, aún no me la ha dado el Señor, aún no soy alma de oración.

Porque la verdad de la oración ha de manifestarse en las virtudes; porque sin el desprendimiento, sin la humildad, sin la caridad, sin el silencio, sin el recogimiento, sin el menosprecio de sí mismo, no es posible intensificar el acto de la oración ni recibir el amor. El amor es luz que ahuyenta toda oscuridad y lo viste todo de hermosura de cielo y de transparencia angelical, y la *oración es ejercicio de amor*.

El amor ni cansa ni se cansa. Cuando ha infla-

mado el alma, se gusta el gozo de la oración. Dios mío, enseñadme a morir a mí mismo y a todas las cosas, para que sólo viva para Vos y Vos seais mi vida y mi ensueño.

286. Si en todas partes hay peligros por ser tanta nuestra miseria, donde menos hay y donde más fácilmente se descubren y se vencen es en el recogimiento del espíritu y en el silencio del alma. Pero hasta en este recogimiento del espíritu hallan modo para entrar el demonio con su perfidia y su astucia y el mundo con su ruido y sus mil modos de disipaciones y distracciones; y en el silencio del alma quedan escondidos, y están como manantial que siempre mana males, el amor propio con su presunción y soberbia, con sus ansias de codicia y regalo, y está la sensualidad o inclinación malsana de mi mismo cuerpo con todos los desmanes y desordenadas demasías de sus gustos y comodidades. ¿Dónde me esconderé yo que no esté agarrotándome dentro de mí mismo mi amor propio, que me pone dureza de corazón y soberbia de espíritu? ¿Dónde me ocultaré tanto que me sienta libre de mi propia concupiscencia y deje de oír las llamadas de los gustos de mis sentidos y de mi regalo y comodidad? Adonde quiera que fuere, allí me acompañan mis enemigos el mundo, demonio y la carne, y allí me encuentro yo a mí mismo con todas mis flaquezas, mis disipaciones, mis malas inclinaciones y con el torbellino de mis locas imaginaciones y de mis tentaciones.

Necesito esconderme en Dios mismo, y como yo no sé, necesito permanecer continuamente vigilante

y revestido de humildad clamando al cielo e implorando su ayuda. El verdadero recogimiento del espíritu y el verdadero silencio del alma es el vacío de lo que se opone al desarrollo de la vida interior, de la presencia de Dios, de la atención a sus bondades y hermosura; el vacío posible de mí mismo huyendo del mundo, demonio y carne, que es el principio para saber vaciarme de mi amor propio y vestirme de Jesucristo.

Si me es sumamente difícil desentenderme de los halagos de mi propio cuerpo en las atracciones de la concupiscencia y en los subyugadores encantos del regalo y comodidades de mis sentidos, aún me es mucho más difícil desarraigar mi amor propio; y sé ciertamente que si yo no acabo con él y le alejo de mí, acabará él conmigo y me alejará de Dios.

El amor propio es el lobo ansioso y fiero que acaba con la caridad, y con mi obediencia, y con mi observancia y mortificación, y con mi silencio interior y exterior. Deja mi alma como campo estéril lleno de zarzas y abrojos donde ya no puede crecer la rosa de la oración ni de virtud alguna.

Me he retirado del mundo exterior, pero siempre he de estar con cuidado inmenso para no dejar entrar dentro del claustro y dentro de mí mismo este terrible enemigo, que siempre está asaltándome para darme la muerte del espíritu. Es necesario que esté sobre mí mismo, siempre con rectitud de intención en todos mis actos exteriores e interiores, y que no deje de ampararme de la mortificación, de la oración y del alejamiento de cuanto pueda lesionar la vida espiritual; necesito después de todo esto,